

veamos escalar las gradas del trono de Castilla sobre el cadáver ensangrentado de su hermano ⁽¹⁾.

(1) Damos alguna estension á la historia de este reinado por la funesta celebridad de que goza, aunque no tanta como la Crónica de Ayala, que le dedica 600 páginas en 4.º: Prosper Merimée ha escrito la historia de este reinado en un tomo de 580 páginas: otras tantas ocupa en la Historia general de Romey, y Ledo del Pozo ha empleado en su ilustracion 440 páginas en folio. Nosotros, sin omitir hecho alguno importante, hemos podido reducirle á tres solos capitulos.

CAPITULO XVI.

CONTINÚA EL REINADO

DE DON PEDRO DE CASTILLA.

De 1356 á 1366.

Causa y principio de la guerra de Aragon.—Llama el aragonés á don Enrique y á los castellanos que estaban en Francia: tratos entre don Pedro de Aragon y don Enrique.—Apodérase don Pedro de Castilla de algunas plazas de Aragon.—Treguas.—Desercion del infante don Fernando.—Escesos y crueldades de don Pedro en Sevilla.—Horrible muerte que dió á su hermano don Fadrique.—Intenta matar á don Tello: fuga de éste, y prision de su esposa.—Engaña don Pedro al infante don Juan de Aragon, y le mata alevosamente en Bilbao.—Prision de la reina doña Leonor y doña Isabel de Lara.—Otros suplicios.—Prosigue la guerra de Aragon.—Intrepidez de don Pedro.—Mediacion del legado pontificio: negociaciones frustradas.—Otras prisiones y otras muertes ejecutadas por don Pedro.—Expedicion de una grande armada castellana á Barcelona y las Baleares y su resultado.—Combate de Araviana, funesto para el rey de Castilla.—Coléricos desahogos del rey: nuevos y horribles suplicios.—Prosigue la guerra de Aragon: combate de Azofra, ventajoso para don Pedro.—Otros castigos de éste: muerte alevosa que mandó dar á don Gutierre de Toledo: notable carta que éste dejó escrita.—Suplicio del tesorero Samuel Levi.—Muerte de la reina doña Blanca.—Idem de doña Maria de Padilla.—Guerra de Granada, y su resultado.—Suplicio del rey Bermejo.—Córtes de Sevilla: reconócese en ellas por reina de Castilla y de Leon á la difunta doña Maria de Padilla y á sus hijos por herederos.—Renuévase la guerra de Aragon.—Tritufos de don Pedro: desavenencias en Aragon: muerte del infante don Fernando.—Concibe don Enrique el proyecto de hacerse rey de Castilla, y prepara una invasion en este reino.

Quando la bandera real se ostentaba victoriosa, bien que manchada con sangre, en la mayor parte de

los pueblos de Castilla, muertos unos y prófugos otros de los confederados contra el rey don Pedro, el genio belicoso de éste, y su carácter impetuoso y arrebatado le condujeron á buscar enemigos fuera de su reino, á traer nuevas y mas graves turbaciones sobre la ya harto desasosegada monarquía, á poner en peligro el trono, y en continuo riesgo su propia persona. El motivo que produjo la guerra de Aragon y sus lamentables resultados de que vamos á dar cuenta, fué hasta leve, si hubiera recaído en varon prudente y de reflexión y maduro juicio.

Hallábase con el motivo que hemos dicho el rey don Pedro en Sanlúcar de Barrameda, en ocasion que acababan de arribar á aquel puerto diez galeras catalanas al mando de un capitan aragonés, nombrado Francés de Perellós, que iban en socorro del rey de Francia, aliado entonces del rey de Aragon, para la guerra que aquel tenia con ingleses. El almirante aragonés dió caza á dos bageles placentinos que llegaron á aquellas aguas y los apresó diciendo que pertenecian á genoveses, con quienes Aragon estaba entonces en guerra ⁽¹⁾. Tomándolo el rey don Pedro por irreverencia á su persona, requirió al capitan Perellós que los devolviese, no solo por consideracion á él, sino por no ser buena presa en atencion á haberse hecho

(1) Para la debida apreciacion de los sucesos que nos toca referir en este capítulo, es necesario tener presente lo que sobre el estado y situacion del reino aragonés en este tiempo dijimos en nuestro capit. XIV., reinado de Pedro IV. el Ceremonioso.

en un puerto neutral, conminándole con que de no hacerlo haria prender todos los mercaderes catalanes establecidos en Sevilla y secuestrarles los bienes. El marino aragonés, desatendiendo la insinuacion, vendió los barcos y dióse á la vela para Francia con sus galeras. El rey don Pedro cumplió tambien su amenaza, y volviendo á Sevilla encarceló todos los mercaderes catalanes y les ocupó sus bienes. Puesto á deliberacion del consejo si debia ó no tomarse ademas satisfaccion del agravio con las armas, opinaron los mas en este sentido, los unos porque con la guerra se proponian medrar y hacer fortuna, los otros porque asi calculaban afianzar el valimiento que sospechaban irse entibiando; y aunque los letrados, gente de suyo mas pacífica, y los concejos cansados de revueltas y vejados con exacciones, preferian que se procurara lá reparacion de la afrenta por la via de las negociaciones, era de suponer, como asi aconteció, que un rey de 23 años, de sangre fogosa, animoso de corazon é inclinado al bullicio y ruido de las armas y á los combates, se decidiera por el dictámen de los primeros.

En su consecuencia despachó inmediatamente al rey don Pedro IV. de Aragon un alcalde de su córte, Gil Velazquez de Segovia, para que le informára del caso y le requiriera que le entregára al autor del desacato, y que ademas pusiera en su poder los castellanos refugiados en aquel reino, y principalmente uno

á quien el aragonés habia dado la encomienda de Alcañiz, la cual el rey de Castilla queria se confiriese á don Diego García, hermano de la Padilla; y que de no acceder á esto le desafiára en su nombre y le declarase guerra. No era el Pedro de Aragon menos belicoso que el Pedro de Castilla, y sobraban á aquel motivos de queja contra el castellano, señaladamente por la proteccion que daba á los infantes de Aragon, don Fernando y don Juan, sus hermanos y enemigos. Pero ocupado el aragonés y distraidas sus fuerzas en la guerra de Cerdeña, conveniale evitar la de Castilla. Asi contestó al embajador castellano, que cuando el capitan Perellós, que se hallaba entonces ausente, volviese al reino, haria justicia, de manera que el rey de Castilla, quedase contento, mas en cuanto á los refugiados castellanos no podia dejar de darles amparo: con esto y con no haberse convenido en una cuestion sobre las órdenes de Santiago y Calatrava, el embajador Gil Velazquez declaró la guerra al aragonés en nombre del de Castilla (1356).

Para atender á los gastos de esta guerra no se contentó don Pedro con la confiscacion de los bienes de los aragoneses y catalanes, ni con sacar gruesas sumas á los mercaderes y otras personas ricas de Sevilla sino que profanando, ó por necesidad ó por codicia, el sagrado de los sepulcros, y pretestando la poca seguridad con que alli estaban, penetró en la santa capilla do yacian los reyes don Alfonso el Sábio

y doña Beatriz, y despojó de preciosísimas joyas sus coronas ⁽¹⁾.

Comenzó crudamente la lucha por las fronteras de Aragon y de Valencia, acometiendo por aquella parte Gutierre Fernandez de Toledo, por esta Diego García de Padilla, con las milicias de Murcia. El rey de Aragon aprestó tambien sus huestes, y mandó fortificar á Valencia, donde puso por capitan general á su tío el infante don Ramon Berenguer, mientras por la parte de Molina y Calatayud peleaba como gefe el conde de Luna. Del impetuoso estrago con que por aqui se encendió instantáneamente la lucha, daban triste testimonio las llamas de cincuenta aldeas, que junto con el arrabal de Requena ardian á un tiempo. El rey de Aragon reclamó el auxilio del infante don Luis de Navarra que le acudió con cuatrocientos caballos con arreglo á los pactos que habia entre los dos reinos, y al conde Gaston de Foix; y llamó á don Enrique, conde de Trastamara, que á la sazón se hallaba en París sirviendo con una pequeña hueste de castellanos á sueldo del rey de Francia contra el de Inglaterra. Oportunamente recibió don Enrique este llama-

(1) Zúñiga, Anal. de Sevilla, año 1356.—Este juicioso escritor afirma que en el archivo de aquella capilla se conservan traslados auténticos de dos recibos del rey, fechados en 24 de agosto y 27 de noviembre del año siguiente, para descargo de Guillen Fernandez, capellan encargado de la custodia de aquellas alhajas, y nos da minuciosa cuenta de las riquezas que habia en aquella capilla, sacada de un memorial antiguo que se halló en la librería del conde de Villahumbrosa, que copia á la letra.

miento, puesto que acababa de ser vencido y preso el rey de Francia en la célebre batalla de Poitiers. Vinose, pues, el de Trastamara con sus castellanos á Aragon, donde se pactó que don Enrique se haria vasallo del monarca aragonés y le defenderia siempre contra el de Castilla, y que el rey de Aragon daria á don Enrique todos los estados que en aquel reino habian pertenecido á los infantes don Fernando y don Juan y á su madre doña Leonor, que formaban mucha mayor porcion que lo que poseia el de Trastamara en Galicia y Asturias. Confiscó el aragonés los bienes de todos los mercaderes castellanos que habia en su reino, convocó á sus ricos-hombres, envió refuerzos á la frontera de Murcia, y desde Cataluña se vino con don Enrique hácia Zaragoza (1357).

Sabedor el monarca castellano de esta alianza y de estos movimientos, acudió apresuradamente desde Sevilla á Molina, penetró en Aragon, y tomó varios castillos; que no puede negarse que era hombre de resolucion, de audacia, de intrepidez y de brio el rey don Pedro de Castilla. Servíanle en esta guerra los infantes de Aragon don Fernando y don Juan, el maestro de Santiago don Fadrique, y hasta don Tello y don Fernando de Castro, que deponiendo al parecer sus rencillas con el rey, fueron, el uno con sus vizcainos, el otro con sus gallegos, á engrosar las huestes castellanas para una lucha que miraban como estrangera, aun teniendo que pelear contra su mismo hermano y

cuñado don Enrique (1). Entre los caballeros que seguian las banderas del rey don Pedro contábanse don Juan de la Cerda y don Alvar Perez de Guzman, casados con dos hijas de don Alfonso Fernandez Coronel, el que fué ajusticiado en Aguilar. Estos caballeros, informados de que el rey habia requerido de amores á doña Blanca Coronel, muger de Alvar Perez, dejaron su campo y se fueron, el don Juan de la Cerda á revolver la Andalucía desde su villa de Gibrleon, y don Alvar Perez al servicio del monarca aragonés. Don Pedro les fué al alcance en su fuga, mas no pudiendo darles caza se volvió á la frontera de Aragon, en cuyo reino continuó tomando otros castillos. El cardenal Guillermo, legado del papa, que vino á poner paces entre los dos reyes, no pudo recabar del de Castilla sino una tregua de quince dias, y antes que este plazo se cumpliese se apoderó el castellano de la fuerte ciudad de Tarazona, que pobló con gente de su reino. Desde alli prosiguió hácia Borja, donde se hallaban reunidas las fuerzas del aragonés, no con gran decision de entrar en pelea; y en verdad debió agradecer el monarca de Aragon que el legado pontificio lograra esta vez á costa de esfuerzos establecer tregua de un año, bajo la condicion de que

(1) No entraremos en los pormenores de esta complicada y lamentable guerra, y harto haremos en consignar los acontecimientos que tuvieron alguna importancia. El que con mas latitud los refiere es Gerónimo Zurita en el libro IX. de sus Anales. La crónica de Ayala es en este punto tan sucinta y aun manca como difusa en lo que toca á los sucesos interiores de Castilla.

el rey de Castilla pondría en poder del legado la ciudad de Tarazona y los demas lugares que habia tomado al de Aragon, y que éste haria lo mismo con la ciudad de Alicante y otros lugares que tenia de Castilla, hasta que las contiendas entre los dos reyes cesasen, con pena de excomunion al que no guardára lo capitulado (mayo 1357). Hízose esto no sin dificultades y contestaciones, que pusieron las cosas en trance de venir á nuevo rompimiento y de lanzar el cardenal legado excomunion y entredicho sobre el rey y el reino de Castilla. Al fin se ejecutó el pacto, no sin alguna modificacion, y la guerra cesó por entonces.

No habia olvidado el don Pedro de Castilla en medio de las atenciones de aquella lucha los agravios recibidos de sus hermanos bastardos, ni las humillaciones que le habian hecho sufrir los demas caballeros de la liga de Toro, y aunque muchos de ellos le habian ayudado en la guerra contra Aragon, hecha la tregua tuvo impulsos y aun buscaba ocasion y manera, al decir de su cronista, de desembarazarse de todos por los medios que él sabia emplear. A estas tentaciones de ruda venganza, propias de la impetuosa condicion de don Pedro, debió contribuir el haber traslucido que el rey de Aragon y el conde don Enrique con varios ricos-hombres aragoneses movieron secretos tratos, é hicieron proposiciones á los hermanos don Fadrique y don Tello para que fuesen á servir al de Aragon y á su hermano el de Trastamara.

«Y para mí tengo por cierto, dice el cronista aragonés, que fué esta una de las principales causas porque el rey de Castilla mandó matar al maestre de Santiago, aunque antes ya habia deliberado de matar á sus hermanos (1).» Pero no se atrevió á ejecutar tan sanguinario pensamiento en la frontera teniendo tan cerca al rey de Aragon y á don Enrique, y sin renunciar á él se volvió á Sevilla.

Mas feliz don Pedro el Ceremonioso de Aragon en esta clase de negociaciones con el infante don Fernando su hermano, uno de los adalides del rey de Castilla, logró por medio de su íntimo y primer consejero don Bernardo de Cabrera y otros mediadores atraerle á su servicio, y olvidando los dos sus antiguas querellas, el infante voluble como casi todos los personajes de este funesto reinado, se pasó al servicio del monarca aragonés, y éste le halagó dándole la procuracion general del reino, anteponiéndole á su mismo primogénito contra el fuero y la costumbre aragonesa. Gran pérdida fué para el de Castilla la defeccion del infante, y grande su enojo y su ira cuando fué informado de ello. Para acabar de irritar el genio ya harto irascible del castellano, pidióle Pedro

(1) Zurita, Anal. lib. IX. c. 8. —El cronista Ayala no apunta esta especie tan interesante, pero el analista de Aragon da noticias aun mas individuales, y dice que en las pláticas entre el rey de Aragon y don Tello anduvo un caballero castellano que se decía Suero Garcia, y que el ofrecimiento que se hacia á don Tello era de darle sueldo para quinientos caballos y otros tantos peones, y tantas tierras como las que tenia en Castilla: todo lo cual es muy verosímil.

Carrillo, que estaba con don Enrique, licencia para venirse á su merced apartándose del de Trastámara; dióselo el rey, y el Carrillo se vino á tierra de Tamariz en Campos. Hombre de travesura debia ser este Pedro Carrillo, puesto que supo burlar al rey rescatando á la condesa de Trastámara doña Juana, que permanecía presa desde la entrada de don Pedro en Toro, y trasportarla á Aragon donde se la entregó á su esposo don Enrique. Pesadísima burla é imperdonable para un genio como el de don Pedro.

Cuando éste regresó de la frontera de Aragon para Sevilla, ya don Juan de la Cerda habia sido vencido y preso por los sevillanos, y muerto de orden del rey despues de haber engañado con una carta de indulto á su desgraciada esposa doña María Coronel. Es fama que ambas hermanas, doña María y doña Aldonza Coronel, esposas de don Juan de la Cerda y de Alvar Perez de Guzman, tuvieron la desgracia de escitar la sensualidad del antojadizo monarca; que doña María salvó heroicamente su honra llagando y desfigurando horriblemente su agraciado rostro, pero doña Aldonza, menos perseverante en la virtud, llegó á ocupar un lugar en los favores del rey, que estuvo á pique de derrocar del sòlio de la privanza á la misma Padilla, y hubo momentos de dudarse cuál de las dos obtendria el cetro de los régios amores, si doña Aldonza que vivia en la Torre del Oro, ó doña María que moraba en el alcázar de Sevilla. Prevalció al fin

la antigua pasion, y doña Aldonza fué relegada al olvido, y hasta cayeron en el real desagrado ella y todos los medianeros de sus pasageras intimidades (1358).

Funestísimo y tristemente célebre fué el año de la tregua con Aragon. En lugar de emplearle en restañar las heridas abiertas en Castilla por las pasadas discordias, el rey don Pedro se entrega desbordadamente á satisfacer sus rencores y su pasion de venganza, y elige aquel período, que hubiera podido ser de bonancible olvido y de feliz concordia, para enrojecer con sangre todas las comarcas del reino. Escogió por primera víctima al maestre de Santiago, don Fadrique, su hermano, y quiso que fuese su matador el infante don Juan de Aragon su primo, recordándole la antigua enemistad del maestre de Santiago, y haciéndole jurar por los Santos Evangelios (¡sacrilegio horrible y abominable!) que guardaria secreto su pensamiento de matar á don Fadrique, y despues á don Tello, ofreciéndole á él el señorío de Vizcaya que éste tenia. Vino don Fadrique á Sevilla llamado por el rey, y se presentó á su soberano en el alcázar con la confianza de quien acababa de rescatarle algunas villas en la frontera de Murcia. Recibióle don Pedro con la sonrisa en los labios, y le escitó á que se fuese á reposar de las fatigas del viage. No asi doña María de Padilla, que sabedora de la suerte que le estaba reservada, con una mirada triste y melancólica, ya que otro aviso no podia darle, quiso significarle el peligro que corria: «ca

»ella era dueña muy buena, é de buen seso, dice el
»cronista castellano, é non se pagaba de las cosas que
»el rey facía, é pesábale mucho de la muerte que era
»ordenada de dar al maestro (1).»

Llamado despues don Fadrique por el rey á palacio, acudió obediente á la real cámara. «*Pero Lope de Padilla, prended al maestro.—Ballesteros, matad al maestro de Santiago:*» fueron las terribles y lacónicas palabras que salieron de la boca del rey de Castilla. Los mismos verdugos parecia que vacilaban en la ejecución del bárbaro mandato. Fué menester repetírsele apellidándoles traidores. Entonces los maceros Nuño Fernandez de Roa, Juan I^ante, Garci Diaz y Rodrigo Perez de Castro alzaron sus terribles mazas, pero no tan de prisa que no pudiera don Fadrique correr á un patio del alcázar; siguiéronle allí los verdugos; el maestro pugnó en vano por desenvainar su espada; con el azoramiento enredábasele el pomo en la correa del cinturón; corriendo de un lado á otro procuraba evadir la muerte; no habia salida, y al fin le alcanzó la pesada maza de Nuño Fernandez, que dándole en la cabeza le derribó al suelo; entonces todos los ballesteros cargaron sobre él. El rey mismo se dió á buscar por palacio algunos de la servidumbre de don Fadrique, y solo pudo encontrar á Sancho Ruiz de Villegas su caballero mayor, que creyó librarse de la muerte tomando en sus brazos á doña Beatriz,

(1) Ayala, Crón. Año IX. c.º 3.

la niña mayor del rey y de la Padilla. ¡Precaucion inútil tambien! el rey le obligó á soltar el tierno escudo que le servia de amparo, y con su mismo puñal hirió al Villegas, ayudando á matarle uno de sus caballeros. Volvióse el rey hácia donde yacia tendido el maestro su hermano, y como no hubiese acabado de morir, alargó su propio puñal (1) á un mozo de su cámara para que cortára los últimos alientos de su víctima. Apuró don Pedro la copa de su bárbaro deleite sentándose á comer en la pieza en que yacia el cadáver de su hermano (2).

Aunque el infante don Juan de Aragon no habia sido el ejecutor de la muerte de don Fadrique, segun que lo habia ofrecido, seguia el rey halagándole con la oferta del señorío de Vizcaya tan luego como matase á don Tello. Juntos pues se encaminaron en su busca á Aguilar de Campó, donde éste se hallaba. Por fortuna suya estaba de caza el día que el rey llegó. Avisado por un escudero de la llegada del rey, y

(1) Broncha se llamaba entonces, arma corta de acero parecida al puñal.

(2) Algunos de los defensores de don Pedro, buscando como poder disculpar su conducta con la reina doña Blanca, asi como el asesinato horroroso de don Fadrique, han calumniado á un tiempo á aquella desventurada princesa y al desgraciado maestro de Santiago, diciendo que habian mediado entre ellos criminales relaciones amorosas, hasta suponer que en el viaje de Paris á Valladolid habia sucumbido doña Blanca á las se-

ducciones de su cuñado, y que habia quedado un hijo de estos ilícitos amores. Calumnia infundada y grosera, puesto que ni don Fadrique fué á Francia, ni acompañó á aquella princesa, ni la habia visto todavía cuando se celebraron las bodas con el rey su hermano, como se evidencia por testimonios auténticos que no reproducimos, porque no hay nadie ya que se atreva á sostener esta calumnia. Algo mas fundadas son las razones que da Zurita para el enojo de don Pedro con don Fadrique.